

El Príncipe Rojo



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 25808. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El Príncipe Rojo

Fernando Olavarría Gabler

Capítulo I EL CANASTO DE CAMARONES

*H*abía una vez un rey anciano y bondadoso que era muy amado por su pueblo. Ese rey, cuando deseaba pasear y respirar aire fresco, no lo hacía en los grandiosos jardines de su palacio sino que caminaba por las calles de la ciudad y todos, a modo de saludo, le sonreían desde lejos para no distraerlo en sus meditaciones. Este gran monarca, a pesar de ser tan amado por sus súbditos, no era completamente feliz, pues hacía muchos años que había enviudado y la reina no le había dejado hijos. En las noches se desvelaba pensando quién iba a heredar su reino cuando él muriera.

Una de esas noches, el rey, desesperado por el insomnio, se levantó de su lecho y calzándose sus babuchas salió del

palacio por una pequeña puerta que había en una de las murallas del jardín y que daba paso a una larguísima playa. El anciano comenzó a pasearse por la playa solitaria y la brisa nocturna hacía flamear su blanco camisón. Así anduvo largas horas hasta que la Luna se escondió en el mar y las estrellas palidecieron; entonces a nuestro rey le vino apetito y decidió encaminarse a su palacio para desayunar y luego dormir un poco.

Cuando se dirigía a la puerta de la muralla del jardín, se encontró con una anciana andrajosa que llevaba un canasto. Ésta, al reconocer al monarca con camisón y gorro de dormir, se puso a reír a carcajadas en forma tan graciosa que el rey en un principio, avergonzado y malhumorado, se molestó de verse sorprendido en esa facha, pero poco a poco se contagió con la risa de la vieja y pronto la acompañó con atronadoras carcajadas. Luego se serenaron y la simpática anciana, mientras se secaba las lágrimas de sus mejillas le

dijo al rey:

-Sé cual es la causa de tus desvelos, ¡Oh rey bondadoso!, y yo deseo ayudarte. Mi hijo pescador me ha traído hoy este canasto con camarones. Dáselos al cocinero mayor para que te los sirva al desayuno y apresúrate que están vivos y se pueden escapar.

El rey que gustaba de los camarones con salsa, no se hizo de rogar y agradeciéndole a la vieja el obsequio, la citó al palacio a mediodía para que fuera recompensada por su generosidad; y con el canasto debajo del brazo atravesó la puerta y se dirigió a la cocina.

Después de hablar con el cocinero jefe, fue a vestirse y se sentó en el comedor. Mientras se cocinaban los camarones, recibió a sus ministros que le informaron de las noticias del día. De improvviso se oyó un gran ruido en la cocina seguido de gritos y otras exclamaciones de horror, y el cocinero acompañado de varios de sus pinches entraron corriendo donde estaba el rey y sus ministros,



manifestándole con pánico en sus rostros que, después de haber echado los camarones en una olla con agua caliente para cocerlos, habían transcurrido algunos instantes y de pronto oyeron unos gemidos estridentes en el interior, parecidos al maullido de un gato. Fue tan grande la sorpresa de los cocineros reales que no se atrevieron a destapar la olla y venían a preguntarle a Su Majestad lo que debían hacer. El monarca, extrañado ante esta noticia, mandó traer la olla y de inmediato tuvo el recipiente delante de él echando vapor por debajo de la tapa.

Los maullidos habían cesado y ante la expectación de los ministros y cocineros que se apiñaron inclinándose hacia adelante, nuestro rey -con una servilleta en la mano para no quemarse- tomó la tapa de la olla, la levantó con gran cautela y... ¡la sorpresa fue inmensa!, porque en el interior de la olla chapoteando en el agua había ¡un niño! Sí, un niño de piel rojiza que al recibir la luz desde arriba se

puso a llorar a todo pulmón.

La noticia se propagó rápidamente y en pocas horas ya estaban las costureras del reino confeccionando pañales y los carpinteros competían tratando de hacer la cuna más hermosa para el principito. Y así fue como nuestro rey adoptó al niño y comunicó a todo el reino que éste sería su heredero.

Hubo grandes fiestas en la ciudad y el pueblo se reunió durante varias noches para bailar en las plazas.

Transcurrieron los meses y los años y el niño creció muy hermoso e inteligente pero... Su piel no había variado y continuaba siendo del color más rojo de todos los rojos. Era muy alegre e ingenioso y las damitas de la corte, duques, condecitos y princesas vecinas se entretenían jugando con él, mas después de algunas horas o días terminaban por cansarse pues el color de su piel, que en un comienzo les llamaba la atención, al final era chocante a la

vista y les molestaba. Esto entristecía mucho al niño y también al rey porque se daba cuenta de que su hijo iba creciendo y pronto estaría en edad de contraer matrimonio, pero su piel alejaría a cualquiera dama que el joven pretendiera.

Llegó el príncipe a ser un adolescente y sucedió lo que el monarca temía. Ninguna princesa de los reinos vecinos ni las jóvenes damas solteras de la corte deseaban con sinceridad casarse con él y esto afectó tanto al príncipe heredero que enfermó de tristeza y se encerró solitario en las habitaciones del ala izquierda del palacio.

El viejo rey estaba desesperado con la desgracia de su hijo y al darse cuenta de que el príncipe podía morir de tristeza o trastornarse, decidió ir a verlo y hablándole cariñosamente le aconsejó que saliera de su aislamiento y que viajara por tierras lejanas. Así distraería su espíritu y quizás existiría la posibilidad de encontrar en un reino desconocido a una joven que se enamorase de él. El príncipe

escuchó con indiferencia los consejos de su padre, pero al cabo de un tiempo aprobó esta idea y decidió partir al día siguiente completamente solo, sin escudero ni caballo, disfrazado de cazador, llevando solamente su arco y sus flechas.

Así caminó durante bastante tiempo, durmiendo al aire libre y alimentándose de las aves y otros animales que cazaba con las flechas. Atravesó numerosas praderas, ríos y bosques y si ustedes quieren saber a qué lugar llegó, lean el próximo capítulo.

Capítulo II LA CABEZOTA

Un día al atardecer, mientras caminaba por la orilla de un lago en busca de patos salvajes, se encontró con un niño y su abuelo que arreaban unas vacas.

El abuelo, después de dar de beber a los animales, encendió una hoguera en la playa e invitó al príncipe a comer con ellos unas lentejas que tenían en una olla. El príncipe agradeció la invitación y habiendo divisado una bandada de patos salvajes que se había posado cerca de ahí para dormir en un juncal, decidió ir a cazarlos y al cabo de algunos instantes regresó con dos hermosos ejemplares. El anciano y el niño se regocijaron con este nuevo aporte a la comida y tiempo después estaban los tres sentados frente al fuego

saboreando las lentejas y los patos asados.

El príncipe felicitó al anciano por tener sus vacas tan saludables y gordas, pero el anciano, en vez de agradecerle esa observación con una sonrisa, no hizo más que lamentarse y suspirar.

Asombrado el príncipe por tan extraño comportamiento no supo qué decir y el viejo, conociendo los pensamientos de su invitado, con lágrimas en los ojos le hizo el siguiente relato:

Has de saber señor, que no soy un modesto pastor como tú crees, sino un rico agricultor de esta región. Antes éramos muchos los agricultores que vivíamos felices y dábamos trabajo y pan a todo el que quisiera ganarlo honradamente, hasta que una mañana apareció algo que es una maldición para nuestra región; no es ninguna peste ni sequía, ni nada que se le parezca. Sucedió en tierras vecinas a las mías donde había una plantación de cebollas. Un día al amanecer

los campesinos que se dirigían a trabajar, divisaron una enorme roca que sobresalía del terreno cultivado, y cuál no sería su espanto al observarla mejor que ésta no era una roca sino la cabeza de un inmenso gigante que sobresalía de la tierra.

El gigante, al divisar a los campesinos empezó a echar humo por la nariz, a mover sus grandes ojos y dando grandes voces - que más bien parecían truenos- les dijo que se acercaran porque les iba a ordenar algo. Los campesinos no podían dar un paso por el espanto que sentían y así desde lejos escucharon el terrible mandato del gigante enterrado en el suelo. Éste les ordenó que le trajeran de inmediato diez vacas y dos carretas con sacos de harina para calmar su feroz apetito, pues si no lo hacían se desenterraría, echaría a caminar hacia el pueblo y en poco tiempo se comería a todos sus habitantes. Los campesinos corrieron presurosos difundiendo esta noticia por los alrededores y se recolectaron las diez vacas y las dos carretas de harina



que fueron llevadas donde el gigante y se las engulló rápidamente ayudado por los que allí estábamos reunidos.

A juzgar por el tamaño de la cabeza, el gigante es de una altura colosal y ¡su apetito! ¡Ay Señor! Continuó exigiéndonos más y más ganado y toda clase de alimentos y amenazándonos de que se desenterraría si no cumplíamos sus órdenes. Actualmente la cabeza se ha agrandado considerablemente y seguramente su cuerpo también. De esta manera hemos agotado casi todas nuestras riquezas y muchos nos hemos arruinado al darle a este tragón todas nuestras cosechas y animales. Ya son muy pocos los que poseen algo como yo, y temo que, por las amenazas del maldito, tendremos finalmente que lanzarnos nosotros a sus fauces para así poder seguir satisfaciéndolo.

Esa es la causa del abatimiento al felicitarme por mis vacas, porque mañana ya no las tendré y las sacrificaré sin tener ningún beneficio.

El príncipe estaba impresionado por esta extraordinaria historia y pensó cuán terrible debería ser esa cabeza ya que nadie había ideado alguna estratagema para destruirla. Como ya era de noche, decidieron descansar y acostándose los tres alrededor de la fogata se quedaron dormidos.

Al día siguiente despertaron con el canto de las aves silvestres y después de juntar las vacas, el anciano y el niño se despidieron del príncipe; pero éste decidió acompañarlos porque quería conocer al gigante.

Caminaron los tres por campos desolados y a medida que se acercaban al lugar devastado por el gigante, se encontraban con campesinos que vestían miserablemente y se veían flacos por el hambre. Al pasar por el pueblo el príncipe observó que se hallaba en ruinas; finalmente llegaron a unos lomajes y desde lejos el príncipe divisó a la enorme cabeza que movía los ojos, emitía bufidos de rabia

y lanzaba chorros de vapor por sus gruesos labios. Al ver que se aproximaban, el monstruo comenzó a insultar al viejo por haberse demorado tanto. El anciano, pálido y tembloroso se apresuró a picanear una vaca para que se metiera en sus fauces y entonces la cabeza abrió la boca y se la tragó como si hubiera sido un pequeño bocadillo.

El Príncipe Rojo observaba esto a prudente distancia. De improviso corrió hacia una carreta que estaba abandonada y arrancando el pértigo de ésta, lo blandió como una lanza y avanzó audazmente hacia el gigante.

Al ver la cabeza que la iban a atacar se puso a rugir y a mirar amenazadoramente con los ojos como si fuera la cabeza de un loco, pero el príncipe, sin oír los gritos de advertencia del monstruo, clavó el palo entre la tierra y la cara y empezó a forcejear haciendo palanca para desenterrar la cabeza. El gigante continuaba gritando

pero no cumplía con las amenazas que había hecho de desenterrarse. El príncipe seguía forcejeando con el pértigo de la carreta hasta que la cabeza comenzó a ceder. Al sentir el monstruo que giraba, acabó con los gritos de rabia y se cambiaron por gemidos lastimeros y súplicas para que no lo molestaran más. A pesar del llanto del gigante implorando piedad y perdón por sus abusos, el príncipe, ayudado por los campesinos, no aminoró en sus esfuerzos y finalmente la cabeza terminó por rodar por la suave pendiente de la colina. Ahora bien, en cuanto a la parte que estaba cubierta por la tierra, ésta estaba unida a ¡un pequeño cuerpecito con dos brazos y piernas enclenques, largas y retorcidas como raíces! El asombro del anciano fue tan grande que mandó inmediatamente a su nieto a propagar la gran noticia y pronto se reunió allí una multitud de andrajosos que no se cansaban de observar con incredulidad la indefensa cabeza. Algunos no podían convencerse de lo que veían y bajando al hoyo donde había crecido el

monstruo hurgaban en la tierra pensando que se habría cortado el cuello y habría quedado el cuerpo abajo. Pero no era así y el júbilo fue tan grande que se decidió sacrificar al resto de las vacas que había para celebrar el acontecimiento. Los habitantes de la región festejaron este hecho durante varios días y se burlaban de la cabeza que languidecía y se marchitaba lentamente hasta que terminó por morir.

A nuestro príncipe lo consideraron como el benefactor más notable de ese país y a medida que pasaba el tiempo todo volvió a ser como era antes.

Capítulo III

EL HADA DE LOS MÉDANOS

Pero nuestro príncipe no estaba dispuesto a pasar el resto de su vida en aquella región y después de despedirse del anciano -que ahora era nuevamente un rico hacendado y también alcalde del pueblo- se marchó un día, no sin pena, porque se había encariñado con los habitantes de ese lugar.

Así continuó su viaje, atravesando extensas llanuras y altísimas montañas. Una tarde cuando caminaba por unos médanos donde el terreno estaba atravesado por profundas grietas, observó que de una de ellas salía una gran luminosidad dorada y al llegar al borde de ésta encontró en el fondo a una extraña y hermosa mujer que, vestida de campesina, hilaba en una rueca, pero no vellones de lana sino de oro puro que salían de la tierra, y los vellones eran tan

brillantes que iluminaban todo a su alrededor.

"Sé de donde vienes y adónde vas", dijo sonriendo la mujer sin levantar la vista. El príncipe, ante tan singular saludo no atinó a otra cosa sino a quedarse mudo contemplando largo rato al hada de los médanos mientras ésta hilaba el oro que extraía de la tierra.

Después, el hada le dijo: "Esta noche dormirás entre las ruinas de una fortaleza que se encuentra al final de este páramo. Allí tendrás extrañas pesadillas pero no estarás dormido. Se te aparecerá una hermosa joven, mas si deseas besarla, no debes hacerlo..."

El príncipe agradeció estos extraños consejos. Sin embargo no los comprendió y despidiéndose del hada de los médanos, siguió caminando, hasta que llegó a un bosque y se internó en él. Había anochecido y el cielo sin luna ni estrellas se negaba a iluminar la senda que había en el bosque. Caminó largo trecho casi a ciegas y



llegó a un patio formado por altas murallas. Allí, al pie de una de ellas, decidió pasar la noche y se tendió a dormir.

No había pasado mucho tiempo, cuando nuestro príncipe (que dormía profundamente agobiado por el cansancio de esa jornada) despertó bruscamente al oír cantos, risas, gritos y lamentos. Eran voces de mujeres y hombres que simultáneamente parecían sufrir y divertirse. Después de un largo rato las voces se callaron y todo quedó como antes. Solamente se escuchaba el silbido del viento al pasar por entre las rendijas y grietas de los muros.

El príncipe decidió continuar en este sitio y sin pensarlo dos veces se quedó nuevamente dormido.

Pero el segundo sueño no duró mucho pues por segunda vez despertó de súbito al sentir correr sobre sus piernas algo parecido a una enorme rata. Al incorporarse y observar mejor, vio con horror que del muro vecino a él bajaba gran cantidad de manos que

semejaban enormes arañas. Antes de que el príncipe alcanzara a desenvainar su espada, se abalanzaron hacia él y le empezaron a dar pellizcos, a acariciarlo, a hacerle cosquillas y darle bofetones, todo al mismo tiempo, hasta que hicieron que nuestro héroe se riera y al mismo tiempo gritara de rabia y dolor. Entonces las manos desaparecieron tan misteriosamente como habían venido y el Príncipe Rojo, exhausto de tantas caricias y bofetones, nuevamente fue vencido por el sueño en el mismo sitio donde estaba porque no tuvo fuerzas para mudarse de allí e ir a otro lugar más acogedor.

Sería ya la media noche cuando se despertó por tercera vez y vio que desde uno de los rincones del patio surgía una hermosísima doncella. Estaba vestida de seda y portaba entre sus manos una pequeña rama seca encendida que daba una tenue luz e iluminaba su rostro perfecto. Entonces la hermosa joven se acercó silenciosamente donde estaba el príncipe y arrodillándose ante él le

pidió que la besara.

El príncipe, al ver a esa niña tan hermosa, se enamoró de ella hasta tal extremo que olvidó lo pasado, incluso el motivo de su largo viaje, de sus recientes aventuras y hasta de los consejos que le había dado esa tarde el hada de los médanos, y abrazando a la joven acercó su rostro para besarla, pero en ese instante una ráfaga de viento helado apagó la llama de la ramita que la doncella portaba entre sus manos y ésta desapareció súbitamente dejando al Príncipe Rojo nuevamente sólo y preso de gran angustia y desesperación.

Recordó entonces el consejo del hada que le había dicho "si deseas besarla no lo hagas", y se dio cuenta de que había actuado torpemente. Estaba lamentándose de su desatino cuando apareció de nuevo en un rincón -con gran sorpresa del príncipe- la hermosa mujer portando entre sus manos la pequeña luz, y se acercó a él, pero el príncipe aún estaba contrariado por lo que le había sucedido

y no intentó besar a la hermosa joven sino que sopló con fuerza sobre la luz para que desapareciera y dejara de pedirle besos. Mas, esta vez la joven no desapareció y se quedó mirándolo sonriente mientras en el aire se oían grandes aullidos de dolor y terribles gritos. Amanecía, la joven se puso a llorar y abrazando al príncipe lo besó muchas veces en señal de felicidad y agradecimiento. Al verlo tan extrañado no esperó que le preguntara quién era ella y le dijo: ¡Oh, Príncipe Rojo! A pesar de vivir tan lejos de tu reino sabía ya la existencia de tu hermosura y de tu talento y me enamoré de ti sin conocerte personalmente sino mediante las referencias de los mercaderes y otros viajeros que llegaban a mi país. Has de saber que soy la princesa Doris, hija del rey de esta región. Mi padre que me ama exageradamente pues soy su única hija, al saber que yo estaba enamorada de alguien que no conocía, pensó que esas cosas eran caprichos propios de mi edad y decidió enviar mensajeros a los reinos vecinos para ver si había algún

príncipe o noble que quisiera casarse conmigo, y al cabo de corto tiempo acudieron al palacio de mi padre una buena cantidad de reyes, príncipes, marqueses, condes, duques y demás nobles que deseaban fervientemente ser esposos míos. Pero yo los rechacé a todos y ellos tuvieron que irse por el mismo camino por donde llegaron.

Cierto día llegó un extraño duque; venía solo, sin cortejo, montado en un borrico rubio. Vestía de amarillo y en uno de sus hombros se posaba un cuervo. En lugar de armas traía solamente una mandolina.

Sus ojos eran de mirar suave y profundo, a veces siniestro y otras veces tristes. Entró al palacio como un juglar y en él se quedó por un tiempo porque agradó a mi padre. Cuando pulsaba las cuerdas de la mandolina y cantaba sus hermosas canciones, el que las oía no podía dejar de llorar y suspirar por largas horas. Además se sentía el deseo irrefrenable de entregarle todos los bienes que se

poseyeran y colmarlo de regalos y ofrendas. Pero este hermoso juglar de extraña figura era un personaje raro y dudé de él instintivamente.

Mis temores se confirmaron cuando una noche mi vieja nodriza lo vio salir del palacio y caminar apresuradamente hacia las afueras de la ciudad. Como la nodriza era una anciana curiosa que gustaba de las cosas extraordinarias, decidió seguir sus pasos desde lejos y esto no era difícil porque había luna llena.

Al llegar ambos a una pradera desértica vecina a un cementerio, el duque se desnudó y dando un estridente y prolongado aullido se convirtió repentinamente en chacal. Desde lejos otros aullidos similares le contestaron, y la vieja, que estaba mirando todo esto detrás de una tumba, pudo observar cómo al cabo de un rato llegaron hasta allí cientos de chacales del desierto, que, aullando todos a la vez, rodearon al que había sido duque y lo saludaron. Después de un silencio prudente el duque de los chacales les habló de la siguiente

manera: ¡Hijos míos! Ya no tendréis que sufrir más vagando y comiendo carroña por el desierto, porque mañana pediré la mano de la princesa Doris y pronto seré dueño de este reino.

Ustedes continuarán siéndome fieles servidores para que sigamos propagando la muerte y el mal. Al oír esta noticia, los chacales comenzaron nuevamente a aullar en forma tan aterradora que mi nodriza no pudo continuar allí y volviendo a toda prisa al palacio llegó con los pies sangrantes a contarme todo lo que había visto y escuchado y me suplicó que no aceptara por esposo a ese brujo malvado.

Yo, que no sabía de brujos ni de nada parecido, la serené y le prometí hacer lo que ella me pedía, mas no le creí su historia. Pero grande fue mi asombro cuando al día siguiente a la hora en que cenábamos, el rey mi padre, se levantó de su trono y con una copa en la mano anunció a los cortesanos el matrimonio del duque

conmigo. Los nobles se pusieron de pie para brindar por nuestra felicidad, yo estaba pálida de turbación y rabia por la inesperada noticia y mientras respondía con falsas sonrisas a las venias de las damas vecinas a mí, murmuré en voz baja: Yo no me casaré con un chacal... Pero sucedió por desgracia o fortuna mía que casualmente en el instante en que pronunciaba esa frase, todos se habían callado y las palabras que habían salido de mis labios como un murmullo se oyeron fuertemente y retumbaron en toda la sala.

Esto causó gran consternación; entonces el duque, más pálido que de costumbre, se levantó de súbito y echando fuego por los ojos me habló lentamente y cada palabra parecía congelar hasta el aire que respirábamos. Dijo: Ya que no deseas casarte con un chacal vivirás como la Luna, hermosa y solitaria, y en cuanto a tu pueblo, se rebajará a la más miserable de las existencias que no será digna de ser comparada ni aún con la de un baboso caracol. Entonces dando una

patada en el suelo transformó al palacio en estas ruinas y todos los presentes nos hicimos invisibles, menos él que, convirtiéndose en chacal, dio un lúgubre aullido y se alejó trotando.

Han transcurrido varios años y muchos príncipes, ricos mercaderes y cazadores han pasado por aquí y los más valientes se han quedado pero han deseado besarme y no han podido romper el encantamiento. Esta noche, al darme cuenta de que tú eras el Príncipe Rojo decidí darte una segunda oportunidad y es por eso que me presenté por segunda vez ante ti y ahora has acertado.

Terminado su relato, la princesa abrazó nuevamente al príncipe y él la besó lleno de amor y felicidad. Pero la princesa, después de algunos instantes de alegría, se puso triste y meditabunda y al interrogarla el príncipe, ella le dijo: ¡Oh príncipe amado mío! A pesar de que nuevamente me has hecho visible, mi felicidad no puede ser completa al ver a mi pueblo sufriendo la más terrible y humillante

de las existencias. Al preguntarle el príncipe en qué consistía esta desgracia, la princesa entre suspiros y lágrimas le contó algo asombroso que ustedes leerán en el próximo capítulo.

Capítulo III EL CARACOLAZO

La princesa Doris dijo:

“Recuerdas que el malvado brujo duque chacal me amenazó con la más dulce de las venganzas y no dejó de cumplirla porque al día siguiente se supo en el país de la desaparición de la corte y del palacio real. Esta noticia consternó a todos los habitantes, ya que de la noche a la mañana se habían quedado sin rey que los gobernase, y mientras el pueblo, desconcertado, se preguntaba qué debía hacer, apareció por detrás de esas montañas un gigantesco caracol, tan alto como la torre más alta de nuestro reino y tan grande como el más grande de los palacios, y avanzó lentamente hacia la ciudad. La gente huía y se refugiaba en los bosques vecinos pero el caracol avanzó



impasible mirando con sus cachos y pasó por encima de las casas, calles y plazas. Luego se fue y desapareció en el horizonte. La gente regresó a la ciudad y vio que toda ella estaba cubierta por la baba que el caracol había dejado en su rastro. Esta baba despedía un delicado y dulce aroma. A un niño se le ocurrió meter el dedo en la baba y echárselo a la boca y después de paladearla dio un grito de felicidad porque la encontró de un sabor exquisito. Otros niños lo imitaron y también algunas mujeres y hombres y en pocos días todos comían glotonamente de la baba del molusco y daban equivocadamente gracias al cielo por tan grande beneficio.

Todas las tardes aparecía el caracol por esas montañas y desaparecía en el horizonte después de pasar por encima de la ciudad y dejarla toda untada de baba. Entonces la gente dejó de trabajar -ya no era necesario- ¿para qué trabajar si podían alimentarse cómodamente en esta otra forma? Hasta ahora Príncipe Rojo, mi pueblo vive en esa

vergonzosa ociosidad metido de cabeza en la sabrosa jalea. Algunos visten andrajos y otros, desnudos, continúan sumidos en la más terrible miseria espiritual y física.”

El príncipe, consternado por este extraordinario relato, le preguntó a la princesa Doris cuál era la fórmula para terminar con la maldición del caracol y ella le respondió suavemente como si recitara una poesía:

"El que ha de terminar con la maldición, deberá matar al caracol clavándole su espada en el corazón, para ello tendrá que seguir su rastro día y noche y jamás deberá probar la exquisita baba ya que no podría continuar su misión. Cuando el caracol se detenga a descansar, deberá contar desde su cola, trescientos treinta y tres pasos, caminando por el borde de la concha y allí encontrará lo que busca".

El príncipe decidió ir tras el caracol para romper el maleficio y despidiéndose de la princesa, se dirigió a la ciudad que no

estaba muy lejos de allí.

Cuando se alejaba, la princesa le gritó que no se olvidara de lavarse con la sangre del caracol y nuestro héroe prometió seguir este raro consejo.

Ya desde lejos el príncipe percibió en el aire un aroma exquisito que le despertó un apetito voraz y al llegar a la ciudad la encontró cubierta con una especie de gruesa y transparente jalea rosada. En la superficie de ésta sobresalían piernas, brazos y cabezas de seres humanos que en esos instantes se alimentaban de la baba del gigantesco animal. El príncipe, haciendo un gran esfuerzo de voluntad para no abalanzarse y comer junto a ellos le preguntó a un hombre - que en esos momentos sacaba la cabeza para respirar- si el caracol no demoraría mucho en aparecer, pero el hombre tenía tan llena la boca que no le contestó y se zambulló nuevamente en la jalea.

Recorrió el príncipe toda la ciudad caminando por las



calles como si anduviera a través de un pantano y constantemente tenía que esquivar los brazos y las piernas de los ciudadanos que estaban alimentándose.

Atardecía, cuando la muchedumbre se dirigió a sus hogares. Cerraron herméticamente las ventanas y puertas y se dispusieron a esperar al caracol pues ya era la hora en que el monstruo iba a pasar por encima de los techos de sus casas.

Pero el príncipe no se guarneció en una casa sino que se alejó velozmente de la ciudad y se instaló en una colina cercana para observar. Pronto apareció un inmenso caracol que venía detrás de las montañas y era tan grande que el príncipe no daba crédito a sus ojos. El caracol pasó sobre la ciudad dejando su estela de baba y cuando se alejó, nuestro héroe siguió su rastro. Así caminó detrás de él, durante muchas horas, sin que el animal se diera cuenta de ello. Cuando ya estaba extenuado por la sed, el hambre y la fatiga, el

caracol se detuvo a descansar. El príncipe casi sin aliento se tendió en el suelo y después de algunos instantes se puso de pie y decidió dar muerte al gran molusco. Llegó hasta la cola, recorrió trescientos treinta y tres sigilosos pasos por el borde izquierdo de la concha (que parecía una montaña altísima) y una vez que hubo dado el número de pasos ya dichos, se encontró con una puerta que no era más alta que sus hombros. Se aproximó a ella, la abrió y quedó maravillado al contemplar las gigantescas vísceras del animal que eran de un hermoso color verde transparente. La víscera más cercana a la puerta era el corazón. Latía como un enorme fuelle, tan grande como un elefante. El príncipe estaba tan absorto en la contemplación de las entrañas del monstruo que no se dio cuenta de que éste había terminado su descanso y comenzaba nuevamente a caminar. Al mirar si la puerta continuaba abierta, vio que el caracol se trasladaba silenciosamente como un gran barco, dejando, no una estela de



espuma sino una estela de baba. Entonces sin perder más tiempo, se abalanzó hacia el corazón espada en mano y dándole una gran estocada le hizo un tajo descomunal. Salió un gran chorro de líquido verde y cristalino; entonces el príncipe se acordó del consejo de su amada y colocándose bajo el chorro quedó en pocos instantes con todo el cuerpo empapado del verde líquido. Luego, dando un salto salió por la pequeña puerta y cayó de bruces al suelo. Afortunadamente el príncipe había sido rápido en su huída, porque el caracol ya moribundo, lanzaba inmensas nubes de espuma que avanzaban expandiéndose en todas direcciones. El príncipe apenas pudo abrirse paso por entre las gigantescas burbujas pegajosas y libre al fin, corrió velozmente y se alejó, salvándose así de una muerte horrorosa. Después de descansar algunas horas se encaminó a la ciudad guiándose por el rastro del caracol. Antes de que llegara a ésta la princesa Doris con su padre el rey y los cortesanos, salieron a

recibirlo. Ahora toda la corte se había hecho visible con la muerte del molusco.

El príncipe estaba nuevamente junto a su amada y ambos estaban radiantes de felicidad. De improvviso se dio cuenta de que su piel había perdido su color original y era ahora normal gracias a la sangre del monstruo.

Al día siguiente las bodas de nuestro príncipe y la princesa se efectuaron con gran pompa y alegría.

Después de pasar algunos meses una agradable temporada en el país de su esposa, el príncipe decidió ir a su tierra para presentársela a su padre y viajando esta vez con un gran cortejo no demoró mucho tiempo en llegar donde el anciano rey. Fue tal la alegría del monarca al ver a su hijo casado con tan hermosa princesa y además con su piel de color normal, que estuvo dos meses brincando como un cabrito hasta que el cansancio lo mandó a su lecho real; pero

luego se repuso de tan grande emoción y se serenó.

Pasaron los años y la princesa le dio al príncipe diez hermosos hijos que crecieron vigorosos y alegres junto a sus padres y su abuelo el rey. Este último, ya muy viejo, abdicó en favor de su hijo para así poder jugar con sus nietos con más tranquilidad.

Llegamos al fin de la historia del Príncipe Rojo y si ustedes se han entretenido, mañana les contaré otra pero tendrán que oírla con mucha atención y bien arropados en sus camas.

Buenas noches.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina